

le llama formalmente *autor del Amadís*, así como otro en que alude á la modificación que aquel hubo de hacer en su historia, por mandato del infante don Alfonso, movido á piedad por la suerte de Briolanja. Por último, nuestro Nicolás Antonio dice (1) haber visto al márgen del expresado soneto una nota declarando que el manuscrito original de Lobeira se conservaba á fines del siglo XVI en la famosa librería de los duques de Aveiro, en Lisboa. Estos son los únicos testimonios que puedan llamarse auténticos en favor del origen portugués del *Amadís*, y aunque á primera vista parecen no admitir réplica, y así lo han estimado Clemencin y otros críticos modernos, se nos ofrecen varias dudas, que vamos á proponer.

En primer lugar, esta creencia, que se supone general en Portugal, estaba muy léjos de serlo tal á mediados del siglo XVI, puesto que, según don Luis Zapata, paje de la emperatriz doña Isabel, hija del rey de Portugal don Manuel, y mujer de Carlos V, «era fama en aquel reino que el infante don Fernando, hijo de don Alfonso, había compuesto el libro de *Amadís* (2).» Fué don Luis embajador nuestro en Lisboa por los años de 1550, y se lo oyó decir á la infanta doña Catalina, biznieta del mismo don Alfonso. El licenciado Jorge Cardoso, en su *Agiologio lusitano*, tomo I, pág. 410, llama al autor Pedro Lobeiro en lugar de Vasco de Lobeira, y de hidalgo y caballero le rebaja á la humilde condición de escribano (*tabelião*) de Yélves, añadiendo que tradujo su obra del francés, por mandado, no ya del infante don Alfonso, sino del célebre infante don Pedro, de quien cuenta nuestro vulgo que anduvo las siete partidas del mundo. La nota atribuida al hijo de Ferreira (3), con que se pretende probar la existencia del manuscrito original en el palacio de los duques de Aveiro, y la que se asegura puso igualmente al soneto relativo al incidente de Briolanja (4), no se hallan en la edición de 1598, única antigua que se conoce de los *Poemas lusitanos* de su padre. Añadidas posteriormente en la reimpresión de los poemas hecha en 1772, son obra de editor moderno, y no del hijo de Ferreira. El testimonio queda, pues, reducido á la simple aserción de don Nicolás Antonio, quien sin duda vió algún ejemplar con una nota marginal y manuscrita de lector ocioso y autor desconocido, puesto que, á ser del hijo de Ferreira, este la hubiese necesariamente intercalado en el texto impreso (5).

Con esto quedan algún tanto debilitados los dos principales argumentos hasta aquí alegados para probar que el *Amadís* es obra de Vasco de Lobeira, y que el original portugués se conservaba aun á fines del siglo XVI en una biblioteca de Lisboa. Pero no es esto solo: la misma literatura castellana del siglo XV nos ofrece armas con que combatir dicha opinión, por más fuertemente arraigada que esté, y probar que anteriormente á la fecha en que Vasco de Lobeira pudo escribir el libro de *Amadís*, era ya conocida y popular en Castilla una historia así llamada. Pero Ferrus, cuyas poesías andan impresas en el *Cancionero* compilado para don Juan II por Alfonso de Baena, dirigió al canciller de Castilla, Pero Lopez de Ayala, un decir á manera de reprensión amistosa porque no iba á habitar en Vizcaya (6). En él se hallan las siguientes estrofas:

Rey Artur e Don Galas,
Don Lançarote e Tristan,
Carlos Magno, Don Roldan,
Otros muy nobles asas
Por las tales asperezas,
Non menguaron sus proezas,
Segun en los lybros yas.

Amadys, el muy fermoso,
Las lluvias é las ventyscas
Nunca las falló aryscas,
Por leal ser é famosso;
Sus proesas fallaredes
En tres libros e dyredes
Que le dé Dios santo poso.

Es Pero Ferrus uno de los más antiguos trovadores mencionados en el citado *Cancionero*;

dro Crasbeeck, MDCXVIII, 4.º En la dedicatoria dice el editor que su padre (Antonio) fué discípulo del famoso Saa de Miranda, que murió antes que él (Miguel) le conociese, y que sus poesías estuvieron por espacio de cuarenta años sin imprimirse. Los sonetos citados en el texto, y que están numerados respectivamente 34 y 35, se hallarán á la pág. 72.

(1) *Bibliotheca vetus*, tomo II, pág. 405.

(2) *Memorias de los Zapatas*. El manuscrito original se conserva en la Biblioteca Nacional de esta corte.

(3) «Cuyo original anda na casa d'Aveiro.»

(4) «Divulgaraõ se em nome do iffante Afonso, por quam mal este principe recebera (como se vê da mesma historia) ser a hermosa Briolania em seus amores taõ mal tratada.»

(5) No hemos logrado ver esta edición de 1772; mas, puesto que las notas se citan como impresas, y no lo están en la primera de 1598, preciso es que se hallen en la segunda y sean añadidas por el editor, la primera para reproducir la aserción de Nicolás Antonio, la segunda para explicar el incidente sobre que versa el soneto.

(6) *Cancionero de Baena*, pág. 337.

no solo escribió en 1579 un decir á la muerte de don Enrique II, sino que Alfonso Alvarez Villasandino, que suponemos nacido en 1540, habla de él como de poeta que le había precedido de muchos años (1). No es pues recusable su testimonio, como tampoco lo es el de fray Migir ó Miguel (2), capellan del obispo de Segovia, don Juan de Tordesillas, de quien también se conservan poesías con la misma fecha de 1579, ni el de Francisco Imperial (3), vecino de Sevilla, que floreció casi por el mismo tiempo, todos los cuales aludieron frecuentemente en sus versos al libro de *Amadís*. Mas no paran aquí las pruebas que presenta nuestra literatura poética del siglo XV en favor de una redacción del *Amadís* anterior á Vasco de Lobeira. El mismo canciller á quien Pero Ferrus dirigía sus versos fué hecho prisionero en la batalla de Nájera, en 1567, y llevado á Inglaterra, donde escribió, si no todo, parte de su poema satírico-moral, intitulado *Rimado de Palacio*, en que se lamenta de haber gastado su tiempo (cuando jóven) en oír la lectura del *Amadís* y otros libros de caballerías. En 1567 Ayala tenía treinta y cinco años, pues nació en 1532, y murió en Calahorra en 1407, á los setenta y cinco de su edad; y como no es de presumir que al hablar de *tiempo perdido* se refiriese á la época inmediata á su prisión, es decir, á los ocho años de lucha fratricida y sangrienta entre don Pedro y don Enrique de Trastámara, en que él mismo había tomado tanta parte, sino más bien á los primeros de su juventud, preciso es admitir que antes del año 1559 corria ya en Castilla una historia de *Amadís* escrita en tres libros, y bastante vulgarizada para que cuatro de los principales poetas de aquel tiempo la citasen en sus versos. Por otra parte, el infante don Alfonso de Portugal, protector de Lobeira, y que, según más adelante veremos, le hizo introducir en su texto del *Amadís* una modificación importante, no nació hasta 1570, y no es de presumir diese á su protegido el orden que se alega hasta el año de 1582 lo más pronto, puesto que habrémos ya de suponer en él juicio y edad bastantes para haber leído y saber apreciar los sentimientos allí expresados.

Según la opinión general, Vasco de Lobeira fué armado caballero, momentos antes de darse la batalla de Aljubarrota, por mano del rey don Juan I. Sabido es que cuando las leyes de la caballería estaban en toda su fuerza y vigor, ninguno podía ser armado caballero que no hubiese cumplido veinte y un años, pero también es cierto que á la decadencia de dicha institución, en vísperas de una gran batalla ó de un asalto, solía derogarse aquella ley, con el fin, ya de aumentar el número de los combatientes, ya de estimular el ardor belicoso de escuderos y donceles. También en circunstancias solemnes, como coronaciones y casamientos de príncipes, solían darse las órdenes de la caballería á jóvenes que ni tenían la edad prescrita ni habían hecho aun todas las pruebas. La circunstancia de haber Vasco de Lobeira sido armado caballero *al estar para darse la batalla de Aljubarrota* hace naturalmente presumir que en 1585 tenía menos de veinte y un años, pues de otra manera no se le hubiera conferido el orden de caballería en tal ocasión (4); y supuesto este caso, ¿cómo pudo ser autor de un libro que el canciller Ayala, que también pagó de su persona en aquella desgraciada jornada, cayendo segunda vez prisionero, declara haber leído ya en su mocedad, y probablemente antes del año 1559? Pero volvamos el argumento, tomando siempre como base y punto de partida este año de 1559, en que comenzó la lucha entre don Pedro y don Enrique. Admitamos que Vasco de Lobeira fuese en efecto el autor del *Amadís*, y que le escribiese á la edad de veinte y cinco años; dado este caso, debió nacer en 1535, y tener cincuenta años en 1585, edad demasiado avanzada para ser armado caballero.

Mas aun nos queda otro argumento en favor de nuestra conjetura, y es el que nos ofrecen dos pasajes muy notables del primer libro, que tratan de la niña Briolanja. Después de haber muerto á Abiseos, que tenía usurpado el reino á esta princesa, Amadís, acompañado de don Galaor, se fué al castillo de Torin, donde estaban la reina Grovenesa y la infanta Briolanja. Esta última, prendada de las gracias del caballero, y reconocida al singular servicio que le acababa de prestar,

(1) Véase, entre otras, la composición número 124 del citado *Cancionero*, donde, hablando Villasandino con Alfonso Sanchez de Jaen, le dice:

E ya en su tiempo Pero Ferrus
Fizo decires mucho mas polydos.

(2) *Cancionero de Baena*, pág. 45.

(3) *Ibid.*, pág. 304.

(4) Parte de estas dudas admitimos ya cuando en 1851

escribíamos las notas al primer tomo de la *Historia de la Literatura española*, de Ticknor. Posteriormente, y cuando ya estaba redactado este *Discurso*, hemos visto un curioso folleto escrito por monsieur Eugène Barèt (*De l'Amadís de Gaule, et de son influence sur les mœurs et la littérature au XVI et au XVII siècle*), quien también defiende la opinión que aquí dejamos consignada, apoyándose principalmente en la edad que Vasco de Lobeira debió tener al ser armado caballero.

«por muy gran fuerza de amor constreñida, no lo pudiendo su ánimo sufrir ni resistir, habiendo cobrado su reino, le requirió que de él y de su persona sin ningún entrelazo señor podía ser.» Amadís, que entre todos los héroes caballerescos se distingue por su acendrada lealtad, hasta el punto de ser considerado como el *prototipo de los fieles amadores*, no solo resiste á las ofertas de la hermosa Briolanja, sino que conserva pura y sin mancha su fidelidad hácia Oriana. «Pero el señor infante don Alfonso de Portugal (continúa), habiendo piedad desta hermosa doncella (Briolanja), de otra guisa lo mandó poner, y el autor hizo lo que su merced fué, mas no aquello que en efecto de sus amores escribía (1).» Procede Montalvo á darnos la version introducida á ruego del infante don Alfonso, y segun la cual Amadís, encerrado en una torre con Briolanja (que fué despues esposa de don Galaor), hubo en ella «dos hijos de un vientre», y al concluir el capítulo XLIII añade: «Todo lo que mas desto en este libro primero se dice de los amores de Amadís é desta hermosa reina, fué acrecentado, como ya os dije, é por eso, como *superfluo é vano*, se dejará de recontar, pues que no hace al caso; antes esto nó verdadero contradiria é dañaria lo que con mas razon esta grande historia adelante os contará.»

Los pasajes que acabamos de citar, si algo prueban, es que antes de Vasco de Lobeira se conocia una historia de *Amadís*, en la cual su aventura con Briolanja se contaba de diferente manera, puesto que don Alfonso de Portugal, movido á piedad por la insensibilidad y dureza de Amadís, se hizo el campeón de la desdenada infanta, y exigió del autor, protegido suyo, que alterase la antigua relacion, é introdujese otra mas conforme con sus ideas en materia de galanteria. No se escapó esta observacion á la sana crítica y sagacidad de sir Walter Scott, quien, en un artículo sobre el *Amadís de Gaula*, inserto en el *Quarterly Review*, dice así: «A nosotros nos parece claro y evidente, en vista del extraño pasaje que acabamos de citar, que la obra en que Vasco de Lobeira trabajaba bajo los auspicios de su patrono, el infante don Alfonso de Portugal, debió ser traduccion mas ó menos libre de otra historia mas antigua. Si Amadís es una mera creacion de la fantasia de Lobeira, el autor pudo muy bien, conformándose con la singular compasion manifestada por aquel principe en favor de la linda Briolanja, violar la imágen de perfeccion ideal representada por su héroe, uno de cuyos principales atributos habia de ser necesariamente la fidelidad á su señora; pero de ningún modo se pudo exigir de él que interpolase lo anteriormente escrito, á no ser que tomase su historia de fuentes conocidas é independientes de los recursos de su propia imaginacion (2).»

Basta lo dicho para defender nuestra teoria, de que antes que Vasco de Lobeira trabajase su refundicion ó traduccion del *Amadís*, era ya conocida en Castilla una historia de este caballero andante. Mas, qué origen tuvo esta, quién fué su autor y en qué idioma corria, son cuestiones de muy difícil solucion hoy dia, y que no nos atrevemos siquiera á iniciar. Los escritores franceses pretenden (y decimos pretenden, porque ninguna prueba dan en corroboracion de su aserto) que el *Amadís* es traduccion pura y simple de un libro escrito en idioma de Picardia. Esta asercion, propuesta en primer lugar por D'Herberay, el traductor francés, y apoyada mas tarde por Tressan, quien dijo haber visto el original en la librería de Cristina de Suecia, carece de todo fundamento. Algo mas acertados andan los que, como monsieur Barèt, se inclinan á creerle refundicion de libros bretones, hoy dia perdidos, fundándose en los nombres de algunos de los personajes, como Lisuarte (*Lych-warch*), Elisena (*Héliène sans per*, ó Helena la sin par), y otros (3). Que el autor del *Amadís* tuvo á la mano ó en la memoria los libros caballerescos de *Lanzarote del Lago*, *Tristan*, y aun el del *Sábio Merlin* y otros pertenecientes al ciclo breton ó de la Tabla Redonda; que quizá tambien el nombre del héroe le fué sugerido por el de un libro francés titulado *Amadas et Idoine* (que ninguna conexion tiene con el que nos ocupa), del cual se conserva un manuscrito del siglo XIII, estamos prontos á admitirlo; pero no podemos ir mas allá. Tampoco trataremos, como Sarmiento, de buscar autor gallego á quien atribuirle, fundándonos en algunos galleguismos que aquel docto benedictino creyó encontrar en el texto, aun despues de castigado y hecho castellano por Garcí-Ordóñez de Montalvo (4). Sin negar, pues, el derecho de Vasco de Lobeira á una re-

(1) Véase la página 94 de esta edicion. Estas observaciones de Montalvo deben ser consideradas mas bien como glosa ó notas al texto del *Amadís*, que él mismo corrigió y enmendó.

(2) Barèt, *De l'Amadís*, etc., pág. 33.

(3) Ya Clemencin hizo notar el origen francés de al-

gunos nombres citados en el *Amadís*, á los cuales podríamos añadir Bruneo de Bonamar (*Bruneau de Bonnemère*), Brian de Monjeste (*Brian de Mongast*), Serolois y Serolis (*Charoloy*), Angriote de Estravaux (*Angriot des Travaux*), y otros.

(4) En varias de sus obras trata el padre Sarmiento

fundicion del *Amadís* en lengua portuguesa, seguida luego de otra mas importante y radical, como fué la de Montalvo, persistimos en creer, mientras no se aleguen razones en contrario, que antes del tiempo en que floreció aquel autor corria ya en Castilla otra redaccion del *Amadís* en tres libros. Al hacer la suya Montalvo, no solo corrigió y enmendó lo que halló escrito, sino añadió una cuarta parte (1), continuando despues la obra en un quinto libro (2), ó sea las *Sergas de Esplandian*.

Mas, como si todo lo que tiene relacion con este notable libro hubiese necesariamente de andar envuelto en tinieblas, no parece edicion alguna anterior á la de (Roma) 1519, siendo así que hay razones muy plausibles para creer que antes de dicho año se imprimió varias veces en la Peninsula. Verdad es que Barbosa Machado, y otros despues de él, han citado una impresion de Salamanca, 1510 (3), y que últimamente el señor don Alejandro Herculano ha hecho referencia á otra de Sevilla, publicada, segun él, en el mismo año (4); pero ni una ni otra noticia tienen aquel carácter de autenticidad que en estas materias se requiere; y así, habremos de contentarnos con señalar la del año 1519 como primera, mientras no se halle otra anterior; lo cual, á nuestro modo de ver, es mas que probable, puesto que existe una del *Palmerin de Oliva*, hecha en 1511, y se citan, aunque vagamente, otras del *Florisando* y de las *Sergas* de 1510. Además de que no es creible que el *Amadís* se imprimiera por primera vez fuera de España, antes al contrario, dicha edicion hace suponer otra ú otras hechas anteriormente en la Peninsula.

De Garcí-Ordóñez de Montalvo, traductor y continuador de este notable libro, no se sabe mas que lo que él mismo quiso decirnos, ya en el prólogo al *Amadís*, ya en las *Sergas*, cuando finge que, por mandado de Urganda la Desconocida, suspendió su trabajo histórico; volviéndole despues á emprender de nuevo por orden de dicha sabidora. Sabemos que fué vecino y regidor de Medina

del *Amadís de Gaula*, y en todas niega que sea obra de Vasco de Lobeira; pero donde mas se extiende es en cierto papel que escribió sobre el verdadero autor de dicho libro, y en otro, muy erudito, sobre la patria y escritos de Cervántes, uno y otro inéditos. El docto benedictino era gallego, y como tal, participaba algun tanto de la antipatia de sus paisanos contra los portugueses; á pesar de su sano juicio y varia erudicion, se echa de ver á la simple lectura de aquellos papeles que, en este punto al menos, se dejó arrastrar por su excesivo patriotismo; Sarmiento escribía á poco de haberse terminado la guerra de sucesion, en que los portugueses entraron por Galicia, quemando y saqueando varias villas y distritos. Unas veces quiere que Lobeira sea gallego, y no portugués; otras que el *Amadís* sea la narracion verídica de las amorosas aventuras de un caballero gallego, natural de la Coruña, llamado Juan Fernandez de Andeira; cuándo se le atribuye á Vasco Perez de Camoens, poeta del siglo XIV, cuándo al canciller Ayala, y aun al obispo de Búrgos, don Alonso de Cartagena.

(1) Las palabras *corrigió* y *enmendó* los tres libros y *tradujo* el cuarto, de que se sirve Montalvo, son para nosotros una prueba evidente de que todo el *cuarto libro* es obra suya, tanto mas, cuanto consta por el pasaje citado en otro lugar (pág. xxii), que el *Amadís* no tuvo en lo antiguo mas que tres libros; esto sin contar las razones que ya expusimos en las notas al *Ticknor* (tomo I, pág. 520). Para los autores de esta clase de libros, *traducir* era lo mismo que *componer*, pues todos ellos pretendian haberlos hallado en griego, caldeo, breton, aleman, inglés ó árabe. Monsieur Barèt, cuyo interesante opúsculo hemos citado ya varias veces, es de opinion que el desenlace natural de la historia de *Amadís* es su llegada á la corte del rey Lisuarte, des-

pues de la batalla de los gigantes; observacion muy atendible y que nos parece fundada.

(2) Ya en el prólogo á la edicion del *Amadís* de 1519 se habla de cinco libros, lo cual hace suponer, ó que hubo una edicion anterior, que además de los cuatro libros contenia el quinto (es decir las *Sergas de Esplandian*), ó que una y otra obra se habian impreso antes por separado. De otra manera no se explica la alusion allí hecha por el editor. La edicion mas antigua de este libro que conocemos es la de Toledo, 1521; pero se cita tambien, aunque vagamente, una del año 1510.

(3) La de 1519 la hizo en Roma Antonio Martinez de Salamanca, á quien Leon X concedió permiso para la impresion; circunstancia que, unida á lo fácil que es equivocar 10 con 19, dió sin duda origen á la especie, aunque vaga, de una edicion de Salamanca de 1510.

(4) En el *Panorama*, periódico literario de Lisboa, tomo II, pág. 134, «trasladado (dice) em hespanhol se publicao em Sevilha em 1510. Vimos esta traducção, de que ha um exemplar na bibliotheca publica da cidade do Porto: é heñ sentimos não ter tomado della varias notas que de grande utilidade nos foram para o que vamos dezir.» Al leer esta noticia acudimos inmediatamente á nuestro amigo, el excelentísimo señor marqués de Pidal, quien, con su amabilidad acostumbrada y el interés que se toma por esta clase de asuntos literarios, mandó que por la secretaria de su cargo se pidiesen á Oporto las competentes noticias en averiguacion de este dato bibliográfico. Pero, sentimos mucho decirlo, la cita del erudito portugués salió inexacta; nuestro cónsul en aquella ciudad no halló en la biblioteca pública mas edicion que la de 1519, de la que remitió una minuciosa descripcion, un fac-símile de su portada grabada, y cuantas noticias se podian desear.

del Campo, y que desde su mas tierna edad siguió la noble carrera de las armas (1). Asimismo consta que cuando escribía su *Esplandian* era ya de edad bastante avanzada (2), y que habia alcanzado en Castilla varios reyes y reinas, debiendo razonablemente presumirse que nació en tiempo de don Juan II, y que á la toma de Granada, en 1492, tenia, cuando menos, cincuenta años de edad. En varias partes del libro alude Garcí-Ordoñez á este notable suceso, aunque de una manera asaz vaga y contradictoria, pues en el prólogo que puso á los cuatro libros de *Amadís de Gaula* dice terminantemente haber los Reyes Católicos llevado á cabo aquella conquista, mientras que en el capítulo xcix de las *Sergas* da á entender que la habian comenzado y no concluido, si bien mas adelante, en la exclamacion que inserta en el capítulo cii, da por terminada aquella guerra y echados de España á los judíos. A esto puede añadirse que en el capítulo cxxxiii de la cuarta parte, al contar las muestras de amor que dieron sus vasallos al rey Lisuarte, Garcí-Ordoñez introduce una especie de lamentacion oratoria de los males que á la sazón afligian á España, que solamente puede aplicarse á los diez últimos años del reinado de Enrique IV; de todo lo cual se infiere que debió emplear, cuando menos, veinte años en sus trabajos de traduccion y refundicion.

Al concluir las *Sergas*, Montalvo trata de una continuacion del *Esplandian* (3), con las proezas hechas por Talanque y Maneli el Mesurado, juntamente con otros donceles á quien el rey de Irlanda, Cildadan, armara caballeros; libro (dice) muy gracioso y muy alto en toda orden de caballería, que escribió un muy gran sábio en todas las partes del mundo. De aquí tomó pié un escritor andaluz para escribir el *Florisando*, y mas tarde un anónimo publicaba el sétimo libro, con las hazañas de Lisuarte de Grecia, el hijo de Esplandian.

Fué *Florisando* hijo de don Florestan de Cerdeña y sobrino de Amadís. No hemos logrado ver el libro que de sus aventuras compuso el sevillano Paez de Ribera, y se imprimió en Sevilla por Juan Varela de Salamanca, en 1526. Nicolás Antonio habla de una edicion anterior, hecha en Salamanca por Juan de Porras; mas como las citas de este bibliógrafo, principalmente en lo relativo á esta clase de libros, no sean siempre tan exactas y satisfactorias como sería de desear, nos referiremos tan solo á la de Sevilla, cuya existencia, segun Brunet, está bien averiguada; debiendo, sin embargo, advertir que la publicacion del *Lisuarte* (sétimo de *Amadís*) en 1525, hace suponer una edicion mas antigua del *sexto*, ó sea *Don Florisando*. Tradújose este al italiano en 1550 (4), habiéndose reimpresso despues en 1554, 1600 y 1610, si bien el libro castellano no obtuvo, que sepamos, los honores de la reimpression. Es en muchas cosas imitacion servil de las *Sergas*. El nacimiento del héroe se parece mucho al de *Esplandian*, y un ermitaño le recoge y le cria, sin saber cómo hijo sea, hasta que ya mozo, es armado caballero y reconocido por su padre, el rey de Cerdeña.

A los cinco años de publicadas las *Sergas*, y casi al mismo tiempo que el *Don Florisando*, que, segun hemos visto, forman respectivamente el quinto y sexto libro de *Amadís de Gaula*, se imprimió en Sevilla otro llamado sétimo, que trata de los grandes fechos en armas de Lisuarte de Grecia (5), hijo de *Esplandian*, y de *Perion* de Gaula, hijo de *Amadís*, como se puede ver en el árbol genealógico que; para mayor claridad y mejor inteligencia de los héroes descendientes de aquel tronco, pondremos mas adelante. Su autor, que no se nombra en esta, que se reconoce por la primera, ni en las demás ediciones posteriores, lo dedicó á don Diego de Deza, arzobispo de Sevilla, expresando en su dedicatoria que se lo ofrecia para que con él pudiera aquel insigne prelado

(1) «Porque con tanta aficion, le dice la sábia Urganda, tu voluntad está deseosa de saber los famosos hechos de las armas, y porque el estilo de tu vida desde tu nacimiento fué en las desear y seguir.» (Pág. 496, col. 2.ª)

(2) «No temiendo en ella ser tan contraria tu edad de semejantes auctos, como el agua del fuego, y la fria nieve de la gran calentura.» (Ibid.) Es curiosa la manera con que habla de sí mismo en este capítulo, aludiendo á su cargo de regidor. «Ya he sabido (dijo Urganda) que eres un hombre simple, sin letras, sin ciencia, sino solamente de aquella que así como tú, los záfios labradores saben, y como quiera que cargo de regir á otros muchos y mas buenos tengas, ni á ellos ni á tí lo

sabes hacer, ni tampoco lo que á tu casa y hacienda conviene.» (Pág. 496, col. 2.ª)

(3) Lib. iv, pág. 560.

(4) *Istoria di don Florisandro* (sic). *L'istoria, et gran Prodezze in arme di don Florisandro, Principe di Cantaria, figliuolo de Florestano Re di Sardegna*. In Venetia, per Michel Tramezzino, MDL, 8.º

(5) No es, como algunos han creído, continuacion del *Florisando*, sino de las *Sergas*, tomando el hilo de la historia donde estas le dejaron; así que, dependiendo de estas, y no de aquel, debió su autor llamarle *sexto*, y no sétimo: Siendo la primera edicion de este libro del año 1526, de presumir es que su autor no vió el *Don Florisando*.

«pasar algun tiempo y descanso del trabajo de su mucho estudio», fingiendo, como en tales libros se acostumbraba, haber sido nuevamente hallado en Lóndres, segun lo dejó escrito en griego el gran sábio de las Mágicas, Alquife, y haberlo puesto en lengua castellana, despues de enmendado de los muchos vocablos que por la mucha antigüedad estaban corruptos.

Refiérense en él las insignes hazañas de Lisuarte de Grecia, hijo de *Esplandian* y nieto del buen rey *Amadís*, al propio tiempo que las no menos señaladas de su tío *Perion* de Gaula. Desde luego se advierte en esta obra, imitacion servil de las anteriores, que no se guarda en ella la proporcion y reglas de la épica, sosteniéndose el interés y concentrándose en un solo individuo, como sucede en el *Amadís*, al lado del cual todos los demás héroes quedan muy rebajados; sino que la atencion divaga lastimosamente y ha de repartirse por igual entre Lisuarte y *Perion*, salidos del mismo tronco, ambos invencibles, espejos uno y otro de la andante caballería, y dechado de cuantas virtudes constituian á la sazón el decálogo de aquella institucion. Empieza la historia con la determinacion que *Perion* forma de ir á Irlanda para ser armado caballero por mano del rey don Cildadan, ignorando sin duda que su tío el rey *Amadís* de Gaula y *Esplandian* se hallaban á la sazón encantados en la insola Firme. Acompañanle en su expedicion don Florestan, hijo del rey de Cerdeña; Parmineo, su hermano; Vallados, hijo de don Bruneo de Bonamar; Languines y Galvanes, hijos de Agrájes, rey de Escocia, y otros donceles, deseosos todos de participar del mismo honor, y recibir la orden de caballería de manos de un rey tan esforzado y poderoso como don Cildadan. Llegados á su corte, *Perion* se ve imposibilitado de lograr su intento, por seguir á la doncella *Alquifa*, que, con mensaje de *Urganda* la Desconocida, le mete en un esquife tripulado por dos gimios, y le lleva á *Trapisonda*, donde es armado caballero por el emperador de aquella tierra. Allí se enamora de la infanta *Gricileria*, hija de aquel monarca, por amor de la cual emprende y acaba las maravillosas aventuras de que el libro está lleno, bajo el dictado de *Caballero de la Espera*. Entre tanto Lisuarte, Florestan, don Cuadragante y los demás donceles salen por la mar, repartidos en tres naos, en busca de *Perion*; y despues de aportar á varias y diferentes insulas, matar muchos descomunales gigantes y deshacer innumerables entuertos, á la usanza de andantes caballeros, llegan á *Trapisonda* á la sazón que *Perion* habia ya partido, y hacen su corte al Emperador, quedando Lisuarte preso de amores por la linda *Onoloria*, hermana de *Gricileria*. Una infanta, llamada *Melia*, la misma que figura en el *Esplandian*, hacia á la sazón liga con todos los reyes paganos para ir sobre *Constantinopla* y destruir de todo punto la fe de Cristo; sabiendo por sus artes mágicas que Lisuarte y *Perion* habian de ser los salvadores de aquel imperio, se apodera con astucia de sus personas y los mete en fuerte prision. Los reyes todos de la cristiandad aprestan sus ejércitos para ir en ayuda de la ciudad amenazada, al paso que el rey *Armato*, acompañado de todos los califas, soldanes y taborlanes de Persia, India y Mesopotomia, y seguido de innumerables huestes, se dispone igualmente á combatir por mar y tierra la gran ciudad de *Constantinopla*. *Gradafilea*, doncella de *Melia*, que habia sido causa inocente de la prision de Lisuarte, contribuye á su libertad; este lleva á cabo nuevas é inauditas aventuras bajo el nombre de *Caballero de la Vera Cruz*. *Amadís* y los suyos son desencantados, y los paganos vencidos despues de un combate singular de tres por tres, á saber: *Amadís*, el emperador de *Trapisonda* y la reina *Calafia*, contra el rey *Armato*, general en jefe de todo el ejército infiel, *Grifilante* y la reina *Pintiquinestra*. Socorrida *Constantinopla*, los reyes cristianos se vuelven á sus respectivos reinos. *Onoloria*, celosa de *Gradafilea*, escribe una carta de enojos á Lisuarte, y este, desesperado, y no pudiendo tolerar el enfadoso desden de su amada, sale escondidamente de *Constantinopla*, y comienza de nuevo á correr aventuras bajo el nombre de *Caballero Solitario*. Yendo por la mar, aporta á una isla, y encuentra á su abuelo *Amadís* de Gaula, á *Oriana*, *Angriote* de *Estravaus*, y al conde *Gandalin* y otros, á quien unos cosarios tenian presos, con sogas al cuello y próximos ya á la muerte. Al cabo de un año el caballero de la *Espera* (*Perion*) y el *Solitario* (*Lisuarte*) se encuentran en un camino sin conocerse, y pelean, quedando ambos muy mal heridos; juntos despues, se combaten con sus grandes amigos *Florestan* y *Parmineo*, tambien sin conocerse. Mas tarde, con la noticia de que el buen rey *Amadís* preparaba un magnífico torneo en su corte, los cuatro caballeros se dirigen á *Fenusa*, y salen vencedores en todas las justas; al fin de las cuales, *Perion*, el hijo de don *Galaor*, casa con la reina *Pintiquinestra*.

Cansado ya de recorrer los espacios imaginarios de la geografía asiática y pagana, donde los autores de semejantes libros acostumbraban á poner la escena de sus caballerescas ficciones, el autor del *Lisuarte* finge que, volviendo este, en compañía de *Perion*, á *Trapisonda* desde *Fenusa*, en la Gran

Bretaña, son sorprendidos en la mar por una furiosa tempestad, que los arroja nada menos que á Cartagena, puerto de España. Sabedores allí de que el rey don Brian de Monjaste se prepara á dar batalla al Miramamolín, que tenia cercada á Córdoba, acuden al real de los cristianos y los ayudan á derrotar al pagano, que es muerto con todos los suyos. Emprenden de nuevo la ruta de Trapisonada, y son echados á la isla de los Gimios, donde los recibe Urganda, que, á pesar de sus años (ya era muy vieja en los tiempos de Amadís), ha contraído nupcias con el sabio Alquife, autor del libro. En el camino libertan al maestro Elisabat y á un sobrino suyo, llamado Libeo, á quien llevaban presos unos cosarios; y por último, Lisuarte casa secretamente con Onoloria, y Perion de Gaula con Gricileria. A los pocos dias se presenta en la corte del Emperador un mensajero de Sulpicio, rey de la Salvajina, pidiendo se cumpla la batalla aplazada entre él y dos de sus hermanos con Lisuarte, Perion y el príncipe Olorius de España. Verificase esta, siendo vencidos los tres jayanes; mas á los pocos dias, habiendo salido los caballeros á caza con el Emperador, todos cuatro son presos y encantados en la isla de Argenes. Onoloria en tanto da á luz un hijo, llamado Amadís de Grecia, que á los pocos dias de haber nacido cae en poder de unos negros cosarios.

Tal es el argumento del *Lisuarte de Grecia*, ó sétimo de *Amadís*, al cual siguió en el mismo año otro libro al propio asunto, aunque con distinto título. Ya hemos dicho que ninguna de las ediciones conocidas del *Lisuarte* declara el nombre de su autor; pero de ciertas expresiones contenidas en el prólogo al *Amadís de Grecia* (1), que conocidamente es obra de Feliciano de Silva, se deduce que este celebrísimo y nunca bien ponderado escritor de caballerías lo fué tambien de dicho libro. En efecto, lamentándose de que el bachiller Diaz, de quien se tratará mas adelante, hubiese dado á luz su libro de *Amadís* llamándole *octavo*, y obligándole á que él pusiese al suyo el título de *noveno*, dice terminantemente que el autor del *Lisuarte* fué el mismo que escribió el *Amadís de Grecia*; además de que, leyendo con atención uno y otro libro, se advierte cierta paridad y semejanza.

Nicolás d'Herberay, señor des Essarts, que puso en francés los ocho primeros libros del *Amadís*, continuó este libro de *Lisuarte* con las hazañas de don Flores de Grecia, el otro hijo de Esplandian, á quien llama el *Caballero de los Cisnes* (2). Aunque fingió haberle trasladado del griego, es conocidamente obra suya, y no le hay, que sepamos, en castellano, si bien se tradujo luego al italiano y á otras lenguas. No nos detendremos, pues, en el análisis de esta obra, que no es castellana, y pasaremos á examinar otra muy notable, que al poco tiempo de publicado el *Florisando* confeccionaba en Sevilla un oscuro bachiller.

En efecto, no bien se habia impreso aquel, cuando salió á luz en dicha ciudad el *Octavo libro de Amadís, que trata de las extrañas aventuras y grandes proezas de su nieto Lisuarte de Grecia, y de la muerte del inclito rey Amadís*. Sevilla, por Jacobo Cromberger, alemán, y Juan Cromberger, año de 1526, á 25 de setiembre. Su autor, el bachiller en cánones Juan Diaz, fingió haberle hallado en lengua toscana, traducido ya del griego, y haberlo puesto en castellano á petición de varios amigos (3). Pensó, segun parece, denominarlo *sétimo*, siendo, como es en efecto, continuacion del *sexto* (4); pero habiéndose con prioridad publicado el otro libro de Lisuarte, se vió obligado á

(1) Citaránse mas adelante, al tratar del *Amadís de Grecia*.

(2) Ya habia el bachiller Diaz dado este nombre á Lisuarte.

(3) Al fol. c dice así: «Y esta es la mera verdad de la historia, é por ser mas firme della vi la historia é original, que es la propia que fué de los emperadores de Constantinopla; porque quando por nuestros pecados aquel gran imperio de Constantinopla se perdió, é fué ganado de los turcos, el coronista mayor del Emperador fuyó con lasronicas antiguas, viejas é nuevas, y se acogió á la isla de Rodas, é allí moró algunos dias; é toda la libreria dexó al maestre de la orden de Sant Juan, rogándole muy afincadamente que la ficiese guardar como cosa de tanto valor: que aunque el señorío se perdiessse, que las famosass vidas de aquellos que lo ga-

naron no fuessen perdidas ni trasformadas en el olvido de las gentes. El qual coronista que fuera del Emperador, como fuesse natural de Florencia, traxo esta historia, escripta de su mano en lengua toscana, porque en estas partes oviesen memoria: de la qual coronica é historia en toscano fué sacada esta grande historia, sin faltar ni acrescentar palabra, la qual en la misma guisa habia sido trasladada del original griego;» etc.

(4) En varios lugares de su obra la llama el autor *sétima parte*, y principalmente en el cap. LXXXVI, donde, tratando de una contrariedad que se halla en esta grande historia de Amadís, y lo que della debemos tener, dice: «Agora os quiere el historiador decir la verdad de una gran contrariedad que fallareys en esta historia, conviene á saber, en la quinta parte, en las *Sergas de Esplandian*: dice que este don Guilan, duque de

llamarle *octavo*. De presumir es que tanto él como el autor del *Lisuarte de Grecia* trabajasen de consuno en una continuacion de las *Sergas de Esplandian*, pues solo así se explica la publicacion casi á un mismo tiempo de dos libros al propio asunto. Como quiera que esto sea, no cabe duda que Diaz no tuvo presente el trabajo de su rival, pues da principio á su narracion con la salida de Esplandian y Norandel á Constantinopla, despues de haberse aquel despedido de su padre Amadís, experimentando en la travesía una gran tormenta, en que estuvo á pique de perecer con toda su comitiva. El principal incidente en que estriba la narracion es una gran conjuracion de todos los reyes paganos contra el buen rey Amadís, que muy descuidado y asaz quebrantado por la edad, vivia en Fenusa, corte y capital de la Gran Bretaña. Los enemigos, que eran muchos y muy poderosos, habian ya recuperado una buena parte de los estados que al rey Arábigo habia quitado el valiente don Bruneo de Bonamar, y hubieran llevado adelante sus conquistas, á no impedirselo la llegada de don Florisando; todos los aliados de Amadís se temian una catástrofe, pues su reino estaba muy amenguado de caballería, así por las grandes batallas pasadas, como por haber él prohibido las aventuras y caballeros andantes, á fin de impedir las muertes y desafíos que á cada paso ocurrian (1). El emperador de Constantinopla, el rey Norandel de Sicilia, don Florestan de Cerdeña y el de Sobradisa, con sus tíos Agrájes y Grasandor, hacian esfuerzos increíbles por auxiliar en su contienda al de la Gran Bretaña, allegando ejércitos y formando alianzas, si bien temian que toda su diligencia fuese en vano, á no ser que el Papa, á quien mandaron una embajada, consintiese antes en relajar á Amadís el juramento, hecho con toda solemnidad, de no tolerar mas en sus reinos caballeros andantes ni doncellas. El Pontífice, aunque con dificultad, accede á sus ruegos, movido mas bien del gran peligro en que se hallaba la cristiandad, que de otras consideraciones. Las tropas auxiliares se embarcan para la Gran Bretaña, reúnen á las que Amadís tenia ya dispuestas, y todos juntos marchan sobre Fenusa, que los paganos tenian cercada y estaba ya á punto de rendirse. En dos batallas campales Amadís vence á sus contrarios; mas á los pocos dias recibe la infausta nueva de la pérdida de su insola Firme. Habíase apoderado de ella un gigante, llamado Dramiron d'Anfania, hijo de un Brutervo, á quien don Florisando habia muerto años atrás en singular combate, el cual, no contento con sojuzgar la isla toda y exterminar á sus habitantes, mandó á la corte del buen rey Amadís una doncella á desafiar á cuantos caballeros quisieran hacer armas con él. El retó es luego aceptado por multitud de caballeros andantes, ansiosos de ganar honra y prez; pero eran tales las fuerzas y valentía del gigante, que Agrájes, don Florisando, Arquisil y otros preciados campeones son de él vencidos y metidos en dura prision, para ser despues sacrificados á los manes de su padre. Sobreviene, por último, el caballero de los Cisnes, Lisuarte, el cual se combate con él, y gracias al buen temple de sus armas, regalo de la sabia Urganda, consigue derribar al coloso y cortarle la cabeza. La insola Firme es luego recuperada, y los paganos abandonan para siempre la idea que habian concebido de sojuzgar la Gran Bretaña. Trata el capítulo CLXXIV de la muerte del buen rey Amadís, y del llanto que por él se hizo en Fenusa; y en los siguientes refiere el autor con minuciosidad escrupulosa su entierro en el monasterio de San Severino, sus exequias y honras, ni mas ni menos que si tratara de algun gran señor de Andalucía muerto en aquellos dias; y como para probarnos que si escribia libros de caballerías, era tambien entendido en su facultad, el buen bachiller pone en boca del ermitaño, amo de don Florisando, un largo sermón (2), predicado en las honras del héroe. Concluye, por fin, el libro con

Bristoya, murió en la gran batalla donde el rey Lisuarte y el rey Perion murieron, é assi mismo lo dice agora esta *nuestra séptima parte*, y en la sexta parte en el libro de *Florisando* dice el historiador que era vivo al tiempo que Florisando mató al muy temido é dudado Brutervo de Anconia;» etc.

(1) «Ca estaua el reino muy menguado de caballería, assi por las grandes batallas passadas, como agora por la prohibicion de las aventuras é caualleros andantes, que en aquel tiempo no era necessario apellidar la gente, que ellos la acaudillaban. A mí cierto no me pareció bien lo que aquellos señores furaron. Bien demostraron que estauan cansados de las armas, mas no por eso las debieron impedir á los donceles de alta guisa,

tan desseosos de las armas é ganosos de la honrra. Hizose, dixo el Emperador, por cortar muertes de muchos caualleros que sobre las doncellas morian, é por escusar los desafíos é batallas que locamente é sin causa aceptaban.»

(2) Para prueba del estilo del bachiller Diaz copiamos aquí el exordio y parte de su largo sermón, en el cual, como era de esperar, resaltan de una manera muy patente los sentimientos religiosos del autor y de su época:

«Muy alto y poderoso emperador; noble y virtuosa reina; altos principes, esforzados caualleros, y preciadas doncellas: mi poco saber, confiando en la gracia de Dios, en este dia, para vosotros de tanta tristeza,

las bodas de Lisuarte y Elena, de Falangris y la linda española, de Cildadan y Brianda, de don Lupan (el caballero de los Fuegos) y Castivalda, de Galeote y Lucilia, de Ladasan y Galianda. Agrájes, rey de Escocia, y el rey de Sobradisa, don Galaor, viendo que habian gastado sus juventudes en las vanidades de este mundo, se meten frailes en sendos monasterios, despues de renunciar sus reinos en sus hijos mayores; las reinas, sus esposas, hacen otro tanto, retirándose al convento de Miraflores, de que era abadesa Oriana, la viuda de Amadis. Termina el bachiller su relacion con las siguientes palabras: «E assi se acaba esta gran historia, aunque quedan por escreuir muchas estrañas aventuras é famosas cosas, no solamente dinas de escritura, mas de espanto, que acontecieron en el tiempo deste rey Lisuarte; mas el autor, cansado del luengo é duro trabajo de la presente obra, remite la traslacion de la siguiente á todo aquel que tal voluntario trabajo tomar quisiere, é para ello toviere no menos habilidad que reposo.»

El siguiente en órden en la série de los Amadises es el intitulado: *Libro noveno de Amadis, que es la chronica del muy valiente y esforzado Principe y cavallero de la Ardiente Espada, Amadis de Grecia, hijo de Lisuarte de Grecia*; del cual se cita ya una edicion, hecha en Búrgos en 1535.

mediante su gracia, acordó de poner en vuestros atribulados corazones algun consuelo: por lo qual aquel alto padre eterno de todas las cosas, del qual se escribe en el *Acto de los apóstoles* que todo don perfecto y acabado de arriba procede, del padre de la claridad: al qual plega de dar poder á mi, su siervo, que diga tales cosas que en vosotros, señores, fagan fruto de consolacion y de provecho en vuestras conciencias. A mi tiene tanto puesto en espanto la muerte del rey Amadis como los grandes y demasiados sentimientos. ¿No sabeis lo que se escribe en el *Eclesiástico* que todas las cosas que de tierra son criadas en tierra se han de tornar? Como, ¿hay mayor equidad que la cosa por la causa que es fecha por ella se desfaga? segun la natura ligeramente se vuelve á su natural principio. Pues como naturalmente seamos todos tierra, naturalmente á ella nos tornamos: ningun sentimiento devemos tomar de aquellas cosas que naturalmente van encadenadas. ¿No veys como la culebra sale de la cueva y á ella se torna á acoger? Assi el hombre en esta vida, que sale de la cueva, que es el vientre de su madre, anda en este mundo amargo lleno de lágrimas quanto vive; y quando muere acójese á la cueva de la muerte, que es la tierra de donde ha salido. Pues como todos seamos deudores de la muerte sin tiempo, é con tal condicion entramos en la vida, no nos devemos entristecer por los que mueren ni alegrar por los que viven, porque los unos han cumplido la natural deuda que devian; los otros sin duda la han de pagar, é la vida que les queda es tan incierta é cargada de angustias, que mas nos debemos alegrar con los muertos que passaron ya aquel amargoso tormento que esperavan, que con los vivos, pues lo tienen de passar. ¡O ceguedad mundana! ¿no vedes que es cosa desigual é injusta el siervo no hacer de coraçon la voluntad de su señor? Quando Dios nos llama que desta vida passemos á la muerte, ¿porque lo no cumplimos, é no, como contumaces sirvientes, con tristeza yr á la presencia del Señor? ¿Como esperamos dél ser bien recibidos, al qual con mala voluntad nos presentamos? ¿No sabeys que aquel que por llamamiento de nuestro Señor Jesucristo se passa desta vida, quel tal con salmos, preces é oraciones deve ser llevado al sepulcro, teniendo esperança en la resurreccion de los muertos, é no con llantos, lagrimas ni suspiros, que

parece no haver confiança en la misericordia de Dios ni en la resurreccion de los defuntos? Si decis que lo faceys por remedio de los muertos, no seguis el consejo de sant Gregorio, que dixo que las animas de los defuntos con quatro cosas eran absueltas: la una con sacrificios de los sacerdotes; la otra con ruegos y preces de personas santas é de buena vida; la tercera con limosnas de los amigos; la quarta con ayunos de los parientes, ca el gran cuidado de las mortajas, las pompas, los faustos de las obsequias mas son solazes é placeres de los vivos, que en aquellas vanas glorias se deleitan, que remedio ni ayuda para los defuntos.»

Despues de apurado el asunto, pasa el autor á enumerar las virtudes del muerto y continúa: «Todo el tiempo de su juventud fué exercitar su persona en las armas, que es cosa virtuosa é militar, y no es pecado quando no por cobdicia, ni con sed de muerte, ni con tiranias se exercitan, sino por virtud, como lo facia este noble rey, defendiendo las donzellas, amparando las viudas é miserables personas, socorriendo á los que menester habian su ayuda, quitando los malos hombres del mundo, quebrantando el orgullo á los soberbios, abaxando los follones, ensalzando los humildes; no vanaglorioso, no tirano, mas humilde é mesurado é justiciero. E despues que fue ajuntado en casamiento con esta noble reina, con toda limpieza de vida é lealtad le guardó el amor á que era tenuto; rigió sus reynos con mucha paz é sossiego, espugnando los malos, echando los fuera de la tierra, galardonando los buenos, ensalzando nuestra sancta fe, abatiendo la de los paganos, no pechando los vasallos, no bebiendo sus sangres ni sudores, antes faciendoles muchas mercedes por donde viviessen ricos é alegres, y en fin de su muerte la buena señal que nos dió todos la habeys visto, la grande contricion, el crecido arrepentimiento de sus pecados, habiendo tan entera fe con Dios, que otro no la podia tener mas; mandó hacer muchas limosnas, vestir los pobres desta tierra, casar las huerfanas y viudas, mandando reedificar las iglesias mal paradas, é fundar otras de nuevo, acrecentando mucho el culto divino; é recibidos todos los sacramentos de la sancta madre iglesia, como cristianisimo y catolico principe, faciendo glorioso fin á sus dias, dió su anima bendita á aquel que la habia criado;» etc.

Aunque el nombre de su autor no aparece en la portada del libro, declárase suficientemente en un extenso prólogo que en algunas impresionés lleva la firma de Feliciano de Silva. Es evidentemente continuacion del *sétimo*, y no del *octavo*, y así le hubiera su autor intitulado, á no haberle el sevillano Diaz ganado la vez, dando á luz el suyo; circunstancia que Silva, ofendido, califica en términos poco corteses, y que revelan bastante su mal humor (1). Como quiera que esto sea, es el mismo que con tanta presteza y de tan buen grado llevó al corral el ama de don Quijote durante el donoso escrutinio de su caballeresca librería (2). Nótase ya en este libro cierta variacion del género, no porque falten castillos y doncellas, enanos y encantadores, encuentros con robustos jayanes y descomunales gigantes, y otros accesorios de la andante caballería, sino por advertirse ya en él la introduccion de un elemento nunca hasta entonces visto en este linaje de libros. Empezaba á la sazón á ser conocida en Castilla la novela pastoril, cultivada desde principios del siglo por Sannazaro y los italianos, y llevada mas tarde por el portugués Montemayor al mayor grado de perfeccion; y Silva, que no parece haber sido perezoso en esto de asimilarse los trabajos literarios de otros (3), echó mano del nuevo elemento, harto impropio por cierto en asuntos caballerescos, introduciendo en este su libro á dos pastores, *Darinel* y *Silvia*, que hacen despues gran papel en los siguientes tomos.

No es fácil dar idea del intrincado argumento de este libro caballeresco, en el cual la accion principal se ve de tal manera confundida con los muchos episodios, que se necesitaria formar un buen índice de nombres propios y lugares para, con él en la mano, seguir al héroe en sus varias aventuras y luengas peregrinaciones. Empieza la historia tratando de un rey de la India, llamado Magaden, y de su hijo y heredero el principe Fulurtin, en cuya corte se cria el doncel de la Ardiente Espada, hijo de Lisuarte, llevado allí por los negros cosarios, que le robaron á su madre Onoloria. A la edad de diez años el doncel mata á un oso y á un leon, y es poco despues armado caballero por Magaden; mas viéndose precisado á dejar la corte, de resultas de un chisme que le levantó un cortesano envidioso, sale en busca de Urganda y de Alquife para preguntarles el secreto de su nacimiento. En el camino aporta á la isla de la Montaña Defendida, donde vence en singular combate á Frandalo el Fuerte, Frandalon y Beleriz, gigantes, libertando de la prision á un rey de Jerusalem, que le habla en tudesco. Otro Frandalon, ciclope, hay en la historia, señor de la

(1) Véase, si no, la siguiente advertencia del corrector de la imprenta al lector:

«No te engañe, discreto lector, el nombre de este libro, diciendo ser *Amadis de Grecia* é *noveno* libro de *Amadis de Gaula*, porque el octavo libro se llama *Amadis de Grecia*, en lo qual ay error en los auctores; porque el que hizo el octavo libro de *Amadis* y le puso nombre de *Amadis de Grecia* no vió el séptimo, é si lo vió, no lo entendió ni supo continuar; porque el séptimo, que es *Lisuarte de Grecia* y *Perion de Gaula*, hecho por el mismo auctor de este libro, en el capitulo último dice aver nacido el doncel de la Ardiente Espada, hijo de Lisuarte de Grecia y de la princesa Onoloria, el qual se llamó el cauallero de la Ardiente Espada, y despues Amadis de Grecia, de quien es este presente libro. Assi que se continua del séptimo este noveno, y se havia de llamar octavo, é porque no oviesse dos octavos se llama el noveno, puesto que no depende del octavo, sino del séptimo, como dicho es, y fuera mejor que aquel octavo fenesciese en las manos de su autor y fuera abortivo, que no que saliera á luz á ser juzgado é á dañar lo que en esta gran genealogia escripto está: pues dañó así poniendo confusion en la decendida é continuacion de las hystorias. Vale.»

Silva alude aquí al libro del bachiller Diaz, llamado octavo, que es la historia de Lisuarte, y no de Amadis de Grecia, como equivocadamente pensó. Las palabras que hemos subrayado, hecho por el mismo auctor de

este libro, y en las cuales fundamos ya nuestra conjetura de que el *Lisuarte* era obra de Feliciano, pudieran tambien aludir al sábio Alquife, que pasa por autor de uno y otro libro.

(2) «Este que viene, dijo el Barbero, es *Amadis de Grecia*, y aun todos los deste lado, á lo que creo, son del linaje de Amadis.—Pues vayan todos al corral, dijo el Cura, que á trueco de quemar á la reina Pintiquinestra y al pastor Darinel, y á sus églogas y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.» (Parte 1, cap. vi.) De estas palabras del Cura pudiera inferirse que las églogas del pastor Darinel se hallaban en la primera ó segunda parte del *Amadis de Grecia*; pero no es así, pues están, como mas adelante se verá, en la tercera y cuarta del *Florisel de Niquea*.

(3) En 1535 Silva dió á luz una continuacion de la *Celestina* con el siguiente título: *La segunda comedia de la famosa Celestina, en la qual se trata de la resurreccion de la dicha Celestina, y de los amores de un caballero llamado Felides: y de una donzella de clara sangre llamada Polandria, etc.*; 4.º

Parece, segun unos apuntes manuscritos que obran en nuestro poder, que escribió además otras obras de entretenimiento, y aun de burlas, como entonces llamaban las poesías algun tanto procaces y obscenas en que se divertian algunos de nuestros mejores poetas.